

IX

DONDE SE VERÁ LA MANERA DE EMPLEAR ESE TALENTO DE CAZADOR FURTIVO Y ESA PUNTERÍA SEGURA QUE INFLUYÓ EN LA CONDENA DE 1796.

Cruzábanse los avisos en la barricada. La pieza de artillería iba á empezar de nuevo, y con aquella metralla todo habría concluído en un cuarto de hora. Era de absoluta necesidad amortiguar los tiros.

—Es preciso poner ahí un colchón,—dijo Enjolras.

—No hay ninguno,—respondió Combetterre.— Los ocupan los heridos.

Juan Valjean, sentado aparte en un guardacantón junto á la esquina de la taberna, con el fusil entre las piernas, no había tomado parte hasta entonces en nada de lo que pasaba. Parecía no oír á los combatientes decir, aludiendo á él:—Un fusil inútil.

Al dar Enjolras la orden, Juan Valjean se levantó. Recordará el lector que cuando llegó el tropel de gente á la calle de la Chanvrière, una vieja, por miedo á las balas, había colgado de la ventana un colchón. Esta ventana pertenecía á una buhardilla y estaba sobre el techo de una casa de seis pisos, algo fuera de la barricada. El colchón, puesto al través y apoyado por debajo en dos varas de tender ropa, estaba sostenido por arriba en dos cuerdas,



..... fué al colchón, le cogió, se lo echó á cuestras...

que parecían desde lejos dos hilos, atadas á clavos fijos en el dintel de la buhardilla. Veíanse destacarse distintamente las dos cuerdas, como si fuesen dos cabellos.

—¿Hay quién me preste una carabina de dos cañones?—dijo Juan Valjean.

Enjolras, que acababa de cargar de nuevo la suya, se la entregó.

Juan Valjean apuntó á la buhardilla y tiró.

Una de las cuerdas estaba rota, y el colchón no pendía ya más que de un hilo.

Juan Valjean disparó el segundo tiro, y la segunda cuerda golpeó en los vidrios de la buhardilla. El colchón resbaló por entre las dos varas y cayó á la calle.

La barricada aplaudió.

Todos gritaron:

—¡Un colchón! ¡un colchón!

—Sí,—dijo Combeferre;—pero ¿quién irá á traerlo?

El colchón había caído, en efecto, por fuera de la barricada, entre los sitiados y los sitiadores; y como la muerte del sargento de artillería había exasperado á la tropa, los soldados, desde algunos momentos antes, se habían tendido boca abajo detrás de la línea de adoquines levantada por ellos; y para suplir el forzoso silencio de la pieza, que callaba hasta reorganizar su servicio, habían roto el fuego contra la barricada. Los insurrectos no respondían á aquella descarga de fusiles, para ahorrar las municiones. La fusilería se estrellaba en la barricada; pero llenaba de balas la calle, que tenía un aspecto terrible.

Juan Valjean salió por la cortadura, entró en la calle, atravesó aquel huracán de balas, fué al colchón, le cogió, se le echó áuestas y volvió á la barricada.

El mismo puso el colchón en la cortadura, fijándole contra la pared, de modo que no lo vieses los artilleros.

Ejecutado esto, se aguardó la descarga de metralla.

No se hizo esperar.

El cañón vomitó con un rugido su carga, pero no hubo rebote. La metralla se amortiguó en el colchón. Habíase logrado el efecto previsto y la barricada se había salvado.

—Ciudadano,—dijo Enjolras á Juan Valjean,—la república os da las gracias.

Bossuet admiraba y reía.

—¡Es inmoral,—exclamó,—que un colchón posea tan gran virtud! ¡Es el triunfo de la debilidad sobre la fuerza! Pero, de todos modos, ¡gloria al colchón que anula los cascos de metralla!

X

AURORA

En aquel momento se despertaba Cosette.

Su cuarto era estrecho, aseado, discreto, con una gran ventana á Oriente, que daba al patio interior de la casa.

Cosette no sabía nada de lo que pasaba en París. No estaba allí la víspera, y ya se había retirado á su cuarto, cuando la tía Santos dijo:

—Parece que hay alboroto.

Durmió pocas horas, pero bien. Tuvo dulces sueños, contribuyendo quizá algo á esto la extrema- da blancura de su cama. Habíasele aparecido Mario inundado de claridad, y como al despertar le daba el sol en los ojos, se le figuró que seguía soñando.

Su primer pensamiento, cuando salió de aquel ensueño, fué de alegría. Cosette se sintió tranquila. Experimentaba, como Juan Valjean algunas horas antes, esa reacción del alma que no quiere, bajo concepto alguno, la desgracia, y se puso con todas sus fuerzas á esperar, sin saber por qué. De impro- viso le asaltó una angustia indecible. ¡Hacía tres días que no había visto á Mario! Pero reflexionó que debía haber recibido su carta, que sabía dónde es- taba y que, hallándose dotado de tanto talento, en-

contraría medio de acercarse hasta ella, y muy pronto sin duda, quizá aquella misma mañana.

Era ya día claro; pero, por la disposición horizontal del rayo de luz, creyó que amanecía. Había que levantarse, no obstante, para recibir á Mario.

Sentía que le era imposible vivir sin Mario y parecíale suficiente razón esta para que viniese. No había nada que objetar. El argumento era concluyente. ¡Pues no llevaba ya tres días de padecer! ¡Tres días sin ver á Mario! ¡Atrocidad inaudita! Dios había querido probarla; pero la prueba había terminado y Mario iba á llegar, portador de buenas noticias.

Tal es la juventud; se enjuga pronto los ojos, y considerando inútil el dolor, no lo acepta. La juventud es la sonrisa del porvenir ante un desconocido, ante sí mismo. Nada para ella más natural que ser dichosa; parece que su respiración está formada de esperanza.

Por lo demás, Cosette no podía recordar lo que Mario le había dicho á propósito de aquella ausencia, que sólo debía durar un día, ni cómo se la había explicado. Todos habrán advertido la habilidad de una moneda que cae al suelo para ocultarse y atormentar al que la busca. Hay pensamientos que se divierten de igual modo á nuestra costa, escondiéndose en una celdilla del cerebro. En vano corremos tras él; la memoria no consigue apoderarse del fugitivo.

Cosette no dejaba de sentir cierto despecho al notar que el recuerdo le era rebelde; pues juzgaba criminal en ella el olvido de las palabras que Mario había pronunciado.

En cuanto dejó el lecho, se apresuró á cumplir con las dos atenciones del alma y del cuerpo, la oración y el tocador.

Puédese, en un caso, introducir al lector en la alcoba nupcial; pero no en el dormitorio de una virgen. Apenas lo osaría el verso y no debe intentarlo siquiera la prosa.

Es el interior de una flor aún cerrada; es una blancura en la sombra; es la célula íntima de un no abierto lirio, que no debe mirar el hombre mientras no lo haya mirado el sol. La mujer, todavía capullo, es sagrada. El lecho inocente que se descubre, la adorable semidesnudez que tiene miedo de sí misma, el blanco pie que se refugia en una chinela, la garganta que se vela delante de un espejo, como si el espejo tuviera ojos, la camisa que se apresura á subir y ocultar los hombros al menor ruido de un mueble que cruge ó de un carruaje que pasa, las cintas atadas, los corchetes abrochados, los cordones atacados, el estremecimiento de frío y de pudor, la especie de susto que denotan todos los movimientos, la inquietud casi alada donde nada hay que temer, las faces sucesivas del vestido tan bellas como las nubes de la aurora; todas estas cosas no conviene describirlas y es ya demasiado indicarlas.

La mirada del hombre debe mostrarse aún más religiosa ante una joven que sale del lecho, que ante una estrella que aparece en el horizonte. La posibilidad de alcanzar debe convertirse en aumento de respeto. La pelusa del melocotón, el polvillo de la ciruela, el radiante cristal de la nieve, el ala de la mariposa polvoreada de plumas, son objetos groseros, si se comparan con esa castidad que ni aún sabe que es casta. La joven es un bosquejo de sueño, y no es todavía una estatua. Ocúltase su alcoba en la parte sombría del ideal. El indiscreto tacto de la mirada materializa esa vaga penumbra. Contemplar, en este caso, es profanar.

No mostraremos, pues, ninguno de esos suaves

cuidados femeniles que acompañaron el despertar de Cosette.

Un cuento oriental dice que Dios había hecho blanca la rosa; pero que habiéndola mirado Adán en el momento de entreabrirse, tuvo vergüenza y se puso rosada. Nosotros somos de los que se sienten sobrecogidos delante de las jóvenes y de las flores, por juzgarlas dignas de veneración.

Cosette se vistió muy pronto y se peinó, lo cual era sencillísimo en aquel tiempo, pues entonces las mujeres no se ahuecaban el pelo con almohadillas, ni se ponían miriñaques en la cabeza. Después abrió la ventana y miró alrededor, esperando descubrir algún trozo de calle, una esquina de casa ó de empedrado, y divisar en ella á Mario. Pero no se veía nada de lo que pasaba afuera, por hallarse el patio interior rodeado de pared y sin más salida que á unos jardines. Cosette declaró que aquellos jardines eran horrorosos, y por la primera vez de su vida le parecieron feas las flores. Mucho más le habría gustado ver el menor pedazo de calle, y así tomó el partido de dirigir al cielo los ojos, como si creyese que Mario podía también venir de allí.

De repente empezó á llorar; y no era efecto de la movilidad de su alma, sino consecuencia de las esperanzas agotadas, resultado de su situación. Sintió confusamente un no sé qué horrible; de esas visiones que lleva el aire dentro de sí; y dijo en su interior que no estaba segura de nada; que perderse de vista, era de todos modos perderse; y la idea de que Mario pudiera venir hacia ella del cielo se le representó, no ya con colores agradables, sino lúgubres.

Después ¡nubecillas pasajeras! recobró la calma y la esperanza, luciendo de nuevo en su rostro esa sonrisa candorosa, pero que confía en Dios.

Todos dormían aún en la casa. Reinaba un si-

lencio de provincia y no se había abierto ningún postigo. La portería estaba cerrada. La tía Santos no se había levantado, y Cosette supuso naturalmente que sucedería lo propio á su padre. Preciso era todo lo que había padecido, y lo que entonces padecía, para calificar en su interior á éste de malo, por haberla traído allí; pero contaba con Mario, pues el eclipse de esta luz era imposible de todo punto. Percibía de vez en cuando, á cierta distancia, como sacudimientos sordos, y decía:—Es raro que abran y cierran las puertas-cocheras tan temprano.

Eran los disparos del cañón contra la barricada.

Había, á unos pocos piés más abajo de la ventana de Cosette, en la antigua cornisa negra de la pared, un nido de golondrinas, algo saliente, de suerte que se podía, desde arriba, ver el interior de aquel pequeño paraíso. La madre á la sazón cubría con sus alas, en forma de abanico, á sus hijuelos, y el padre revoloteaba, iba, volvía, trayendo en el pico comida y besos. El naciente día doraba aquel dichoso nido; la gran ley: «Multiplícáos», se veía allí sonriente y augusta, bañando la gloria de la mañana el dulce misterio. Cosette, con los cabellos inundados de sol y el alma llena de quimeras, iluminada, dentro por el amor y fuera por la aurora, se inclinó como maquinalmente, y casi sin atreverse á confesar que pensaba al mismo tiempo en Mario, se puso á mirar aquellas aves, aquella familia, aquel macho y aquella hembra, aquella madre y aquellos hijos, con esa profunda inquietud que los nidos causan en las vírgenes.